



José Giménez Corbatón

Ilustraciones: Jesús Gómez



VOCES AL ALBA

A Mercedes Yusta Rodrigo

a] ...la última mata. Dormí mal. La mañana anterior manché de sangré la braga, sentí la humedad caliente corriendo por el muslo, no me asusté. Mi hermana María, que me saca tres años, me lo había avisado. Me fui donde madre. Subí hasta la falsa, adonde pisaba un tajo de habas secas con los pies desnudos, y me quedé mirando los juanetes endurecidos, cuarteados, que le hacían ir con alpargatas hasta los días de feria.

-Me ha bajado la sangre -le dije.

Me miró, parándose de pisar sobre la manta doblada, y enseguida se movió hacia la escalera. No dijo nada.

Me dio un paño y pocas explicaciones.

Pasé mal día.

Y apenas dormí.

María quería saber lo que sentía. Le dije que nada, que ella ya me lo había hecho vivir todo contándome lo suyo.

-Tampoco quería chafártelo. No sé qué te creías que era.

Me quedé mirándola.

-Yo lloré -añadió entonces. Y después me abrazó.

Dormí mal pensando en lo que se acababa y en lo que empezaba; María me había dicho: los hombres te hablan de otra manera. Madre ya no es la misma contigo. Padre te mira como de más lejos, parece él el asustado.

-Y tú tampoco eres la misma.

Luego había dicho:

-Un peso nuevo.

Había añadido:

-Y cada mes, lo mismo.

-Dicen que se corta cuando estás encinta -recuerdo haber dicho yo.

-Sí, pero no vas a estar encinta toda la vida.

Y nos habíamos reído.

En eso pensaba cuando ya amanecía, y oí las voces.

Quería seguir siendo la misma. No iba a dejar de dormir con mi muñeca. María me dijo que ya no podría seguir durmiendo con ella; luego, que lo hacía para asustarme. Ella nunca ha dormido con la suya. La colocó, el mismo día que se la compró madre en la feria de Cantavieja, en la peana de la Virgen, en una esquina de la alcaoba, y ya no la ha movido nunca. La muñeca y la Señora hacen

buena pareja, decía.

Como no la entendía, dijo: la Virgen no tuvo nunca muñecas. No podía. Entonces no había muñecas.

Dormía abrazada a ella. Y pensaba seguir igual. También quería seguir yendo a la escuela para ser, de mayor, maestra.

Oí las voces y no me moví de la cama, estrechando mi muñeca. Tenía la pesadez de no haber dormido, de estar toda la noche pensando en lo mismo, en la sangre, en los cambios, en la muñeca, en los hombres, en madre y en padre, en mi hermana, y ahora, a punto de dormirme, en las voces que subían de la calle.

Un voz gritaba algo, una, dos veces, y luego esperaba un momento; enseguida se oía otra que respondía, más queda, y luego, al poco, la voz primera se repetía, un poco más cerca.

Quería seguir yendo a la estafeta de los hombres del monte. Padre nos mandaba a nosotras porque las niñas no levantan sospechas. Volvíamos, cargada la mula de leña, y si nos encontrábamos con los guardias no nos decían nada. Lo mismo cuando volvíamos de la capital con los serones llenos. Nos poníamos a jugar y a hacerles mil gracias, y los guardias se reían y nos dejaban pasar sin mirar la carga.

Mi hermana decía que hasta los guardias le hablaban de otra manera.

-Lo notarás tú misma cuando te llegue.

Igual, lo pensé aquella noche, padre ya no nos deja ir solas a la estafeta.

Las voces estaban cada vez más cerca. Y salté de la cama. Bajé descalza -el suelo estaba frío como las piedras del río-, y corrí la cortina de la solana. Madre no cerraba los postigos por el calor de julio, aunque algunas noches apuntaba la fresca.

Las daban dos hombres armados con metralletas. Me fijé en que llevaban granadas colgadas del cinto. Uno era más viejo que el otro. Se paraban delante de cada solana y gritaban:

-¡Salud, vecinos! ¡Viva la República!

Dos o tres veces.

Hasta que salía el hombre o la mujer de casa, y, más despacio, contestaban:

-¡Salud! ¡Viva la República!

Otros salían a la calle, desde el zaguán o desde el corral, que ya andaban trajinando hacía rato. El panadero apareció frotándose las





manos, con el delantal puesto.

Todos decían:

-¡Viva la República!

Entonces me di cuenta de que otras voces resonaban por las calles cercanas.

Me incliné y vi a padre esperándoles con la espalda y la cabeza asomadas por la media puerta.

-¡Salud! -les dijo en cuanto estuvieron cerca, sin dar tiempo a que

hablaran- ¡Viva la República!

Los hombres dijeron:

-Juan, recoge a todo el que quiera y tráetelo a la plaza.

Lo llamaron por su nombre. También a mí me miraron, inclinada en la solana. No me dijeron nada. El más joven sonrió. Pero marchó con su compañero, dando las voces en la casa siguiente.

En la estafeta nunca los veíamos. Dejábamos las cosas, recogíamos otras, nos íbamos como habíamos venido. Solas.

Así que me vestí deprisa.

Entonces me acordé del paño. Estaba sucio, rojo, rojo oscuro, pegajoso.

Eché agua en la palangana y me lavé despacio, con el agua muy fresca. Cada repliegue, cada trocito de piel. Abrí la ventana del cuarto para que entrara el relente que quedaba de la noche, la luz vaporosa que anuncia el sol de la mañana. Palpé con el dedo y comprobé que aquello no había terminado.

Bajé donde madre calentaba el puchero de café.

-Ahora te doy otro. Trae el sucio -me dijo sin dar los buenos días. Su sonrisa era agradable.

Al rato volví con el paño limpio puesto, y el vestido de los dominicos.

-Estoy asustada -dijo entonces madre.

Me quedé mirándola.

-Si vienen los guardias se liará buena.

Padre la debió de oír desde la media puerta, donde seguía, porque dijo:

-Habrán puesto vigilancia en las entradas, mujer.

Madre suspiró.

-Voy a reunir a la gente.

Madre suspiró otra vez, me acercó el vaso de leche y el puchero del café.

Me fui detrás de padre. De mi hermana no sabía nada. Ya no estaba en la cama cuando oí las primeras voces.

Padre hablaba con unos y con otros.

-Han dicho que vayamos a la plaza -decía.

Algunos dudaban.

-Es mejor hacer lo que han dicho. No hay que tener miedo. Están con el pueblo.

Corrí a la plaza sin esperar a nadie. La luz del primer sol golpeaba el campanar de la iglesia, lo teñía de rosa.

Al vaciar la palangana en el corral, la tierra se había teñido también de rosa, primero, y se había vuelto roja de repente.

En todas las calles había uno o dos hombres armados gritando vivas a la República.

María ya debía de llevar un rato en la Plaza.

-Dormilona -me dijo, y me dio un abrazo.

-No me extraña -me dijo después del abrazo-. Yo, la primera noche, estaba tan cansada que dormí como un lirón.

No le dije que no había dormido. Aunque me debí de quedar traspuesta al alba, no la había oído levantarse, ni salir de casa.

-Mira -me dijo.

Me señaló tres coronas de flores junto a la fuente.

-Las han traído los guerrilleros.

-Las habrá hecho alguien en el pueblo, por encargo -rompí mi silencio.

-Puede.

El día iba a ser caluroso. Lo notaba en el aire.

Las tres coronas llevaban, cada una, una cinta con los colores rojo, amarillo y morado.

Se iban agolpando muchos hombres y mujeres, algunos chicos y chicas también.

Y los hombres armados.

Eran ocho, y una mujer. También la mujer llevaba un arma. Una pis-

tola al cinto. Vestía con pantalones.

Era ella la que repartía los papeles.

Dos hojas. Una, más grande, se llamaba *El Guerrillero*.

La otra era más pequeña, como la mitad de la grande.

-Una proclama -me dijo María.

Leí: "Nuestros golpes contra la Guardia Civil, verdugos de los campesinos, serán más eficaces en la medida que tú, hombre del pueblo, propagues nuestras operaciones, que todos sepan, a través de tu comentario, dónde hemos operado, qué clase de operación y contra quién. Difundir EL GUERRILLERO (así, con mayúsculas lo ponía), comentarlo, hablar de los guerrilleros y de nuestro comportamiento con la población".

-Vamos al cementerio -le oí decir al hombre más viejo que había recorrido mi calle-, a colocar estas coronas, hoy, dieciocho de julio, día en el que los fascistas celebran su triunfo, sobre las tumbas de nuestros tres compañeros asesinados. Acompañadnos. No temáis nada. Las entradas del pueblo las vigilan grupos de camaradas.

Seguí leyendo: "Indícanos cuánta Guardia Civil hay en tu pueblo, qué sitios frecuentan más, sus entradas y sus salidas, qué lugares del monte tienen localizados, en qué casa suelen quedarse, cuál es su moral y cuáles de ellos se distinguen en apalea a los campesinos y demás antifranquistas".

Lo recordé todo mientras caminaba detrás del cortejo:

Hubo dinamita, y bidones de gasolina para incendiar la masada en la que los habían cercado.

Todo un día y casi toda una noche duró el sitio. Varias horas duró el fuego, las blasfemias.

Nadie se movía de su casa. Unos rezaban. Otros maldecían.

Como conejos, contó luego el cabo en la taberna. Como conejos.

El fuego hizo de hurón, contó luego el cabo en la taberna. De hurón hizo.

Uno no tenía cara. Un amasijo de carne, amoratado y rojo. Una costra grande, sanguinolenta.

No nos dijeron cómo se llamaban. No sé si lo sabían.

Allí estaban, y ahora tenían, cada uno, una corona de flores con una cinta de tres colores. Rojo, amarillo y morado.

-Salud, hermanos, cubristeis de honor la senda noble y valiente... -dijo el hombre más viejo.

Y dispararon al aire. Y cantaron.

Luego se fueron.

Antes, el joven que iba por nuestra calle con el otro más viejo, el que había hablado en el cementerio, me dio el reloj.

-Toma, se paró en la última refriega.

Era grande, un reloj de pulsera, un reloj de hombre.

-Yo no lo voy a poder arreglar.

Longines, tenía escrito en la esfera.

-Era de mi padre, pero ahora es tuyo.

Me acarició el pelo antes de despedirse.

-Si consigues que lo arreglen, para ti. Un recuerdo de este día.

Camino de casa, sentí el calor de la sangre en el paño. Dándole vueltas al reloj, miré debajo de la esfera. Había una inscripción: *Todas hieren, la última mata*.

Nunca volví a ver al guerrillero.

Ni siquiera cuando me tuve que echar al monte con padre y con mi hermana. ♣